

LA EDUCACIÓN PÚBLICA EN ARGENTINA

Muy tempranamente, nuestra dirigencia política incluyó a la educación pública como uno de los ejes centrales de la construcción nacional. Las distintas generaciones que vinieron después pusieron en práctica proyectos que buscaron siempre promover la educación como factor vertebral del progreso de la sociedad.

Natalia Laube

Es licenciada en Crítica de Artes por la Universidad Nacional de las Artes y periodista con foco en temas culturales y crítica de teatro. Actualmente se desempeña como responsable de comunicación en el Goethe Institut Buenos Aires y colabora en medios como *La Nación*, *Funámbulos* y *Rolling Stone*.

Pocas esferas de nuestra vida están tan determinadas por las decisiones políticas como nuestro paso por el sistema educativo. La educación que recibimos –y la que recibieron nuestros padres o nuestros abuelos– es o fue moldeada por la manera en que los políticos de una época entendieron que debía forjarse la educación de sus tiempos.

Para entender cómo se educaron nuestros antepasados –pero también por qué nuestra educación es como es en la actualidad– basta hurgar un poco en la historia de la educación pública en nuestro país. Y bucear en esta historia no es otra cosa que entender las decisiones que tomaron las clases políticas de distintas generaciones, es decir, analizar qué les resultaba importante. ¿Qué clase de educación eligieron jerarquizar en un contexto en que no había casi nada? ¿A quiénes había que incluir en el sistema educativo? ¿Qué colegios, escuelas e instituciones entendían que necesitaba la Argentina?

Pero, incluso antes, hay otra pregunta que debemos hacernos ¿Desde cuándo podemos empezar a hablar de una “educación pública” en la Argentina? Como siempre que pensamos en procesos de creación, es difícil poner fechas exactas. Pero un buen punto para situarnos a empezar a trazar la historia sería a partir de mediados del siglo XIX. Si bien, desde el proceso independentista, los sucesivos gobiernos entendieron la educación como un proceso fundamental para la creación de una nación, de ese proyecto de país en ciernes tuvieron que pasar unas décadas hasta que esa voluntad de educar al pueblo se tradujera en políticas concretas que moldearon la institución escuela como la entendemos hoy.



Forjados como colegios para educar a las clases dirigentes –una impronta que se ha mantenido a pesar de la expansión de las escuelas privadas durante las últimas décadas–, los colegios nacionales fueron creados, en su mayoría, durante la segunda mitad del siglo XIX.

Viajemos primero hasta ahí, entonces: mediados del siglo XIX. Hay dos hitos que resultan fundamentales, insoslayables por estos años. Por un lado, la Constitución de 1853 estableció el derecho a educar y enseñar como una responsabilidad atribuida a los gobiernos provinciales. Si bien hay algunos casos de trabajo sostenido anteriores a ese período (en 1825, Justo José de Urquiza ya había dado unos pasos hacia el establecimiento de una educación pública en Entre Ríos), la premisa de que cada provincia debía tomar las decisiones correspondientes para educar a sus ciudadanos resultó fundamental para pensar una educación pública en términos nacionales.

Poco menos de una década más tarde, un Bartolomé Mitre recién asumido como presidente dictaminó que educar formaba parte del rol del Estado. Si, como explica Adriana Puiggrós en su libro *Qué pasó en la educación argentina*, durante los años de la colonia los españoles se habían instaurado “a sí mismos como los únicos con derecho a educar, tarea que identificaban con la evangelización”, y en los primeros años de la república la educación siguió siendo una decisión individual que recaía en cada familia, a partir de Mitre el Estado comenzó a tomar un rol preponderante en la formación de sus ciudadanos. Empezó a decidir cómo se educaba, qué contenidos debían impartirse y con qué fines. De esa manera, empezaba a sumarse una mirada más científica sobre la educación, que ya no estaba en manos de sacerdotes. Y también comenzaba a nacer la idea de que educación y Estado no son asuntos separados y que, para hacer crecer la incipiente nación, haría falta una buena cantidad de ciudadanos preparados en muy diferentes aspectos.

Nacionales “versus” normales

Es por esos años que comenzó a darse uno de los debates más interesantes de la historia de la educación argentina, sobre todo en lo que hace a la creación de las escuelas medias: a quiénes debía ocuparse de educar el Estado argentino. La postura de Domingo Faustino Sarmiento, que empezaba a ser un jugador importante en el debate educativo de estos años, era ofrecer la posibilidad de instruirse a todo el pueblo, a través de la creación de escuelas técnicas, escuelas navales, militares y, sobre todo, normales, bajo el concepto de diversificar la educación para que distintos grupos sociales se formasen en diversos oficios y para crear, en definitiva, a los trabajadores de un país moderno. Con Estados Unidos como modelo, su mirada era más amplia y, por poner un término bien actual, más capitalista que la de Mitre, mucho más interesado en crear colegios nacionales para educar a una élite que pudiese gobernar y, a su vez, “controlar a los subversivos”. En definitiva, la pregunta por la educación también pasaba a ser una pregunta por la organización de una sociedad.

Forjados como colegios para educar a las clases dirigentes –una impronta que se ha mantenido a pesar de la expansión de las escuelas privadas durante las últimas décadas–, los colegios nacionales fueron creados, en su mayoría, durante la segunda mitad del siglo XIX. El caso más emblemático fue la fundación, en 1863, del Colegio Nacional de Buenos Aires, que estructuró la política educativa de los colegios nacionales en todo el país. Solo dos años después, se fundaron los colegios nacionales de Tucumán, Mendoza, San Juan, Catamarca y Salta. La Guerra de la Triple Alianza puso un freno momentáneo a la aparición de nuevos colegios nacionales, pero su creación se reactivó, ya bajo la presidencia de Sarmiento, en 1869, con la apertura de los colegios de Jujuy, Santiago, Corrientes y San Luis. En 1871, se fundó el Colegio Nacional de La Rioja y en 1874, el de Rosario. La crisis económica de 1873 –pero también la reorientación educativa bajo la presidencia de Sarmiento– provocó una detención en la apertura de colegios nacionales, que se reinició en 1887, con la fundación del Colegio de La Plata, y prosiguió en 1889 con el Colegio de Paraná y otros tres en Buenos Aires que se inauguraron antes del fin de siglo. Sumado al Colegio Nacional del Uruguay (fundado previamente a la presidencia de Mitre), los colegios nacionales alcanzaban el número total de 15, instituciones distribuidas por todo el país, hacia fines del siglo XIX.

Mucho más acelerado, en cambio, fue el crecimiento de las escuelas normales (que tomaron su nombre genérico del francés, *École Normale*). La primera de este tipo en el país, a cargo de formar a los maestros y profesores

de las sucesivas camadas de alumnos que ingresaron al sistema educativo, fue la Escuela Normal de Paraná, fundada en 1870 y aún hoy en funcionamiento. Sarmiento eligió como rector del establecimiento a George Stearns, un especialista en educación, norteamericano y protestante. En 1873, se creó la Escuela Normal de Maestras del Uruguay y un año más tarde, la Escuela de Profesores de Buenos Aires. Hacia 1889, ya existían 34 escuelas normales de distinto tipo en todo el territorio argentino.

Con Sarmiento como presidente, la política educativa otorgó, a su vez, un rol central al desarrollo de las escuelas primarias. La intención era incorporar a un mayor porcentaje de la población para que recibiera, al menos, una educación básica y, sobre todo, pudiera servir al mercado de trabajo: un objetivo necesario para la definitiva vinculación del Estado y de la sociedad con el sistema económico. La política normalista fue una consecuencia directa de la expansión de la escuela primaria, y viceversa. Esta política se desarrolló en gran parte, aunque sin impedirla, en detrimento de la política de expansión de los colegios nacionales, que seguirían operando como instituciones formadoras de una élite dirigencial y burocrática, conformada, sobre todo, por los hijos de las clases acomodadas, sumados a algunos alumnos de clases populares que demostraran un mérito excepcional, o muy buenas aptitudes. Las escuelas normales, en cambio, se convertirían en una opción laboral y una herramienta de inclusión para todo un sector de la población.

Huellas

Esta política de expansión de escuelas (de las primarias, especialmente) y en la matrícula tuvo impactos en muchísimos planos de las vidas de los argentinos: algunas son imposibles de rastrear y de medir; otras, mucho más cuantificables. Una muy concreta es la cantidad de personas que accedieron a la posibilidad de leer y escribir. Según el primer censo de la historia argentina, realizado en 1869, un 79% de los argentinos y argentinas eran analfabetos. Para 1895, la cifra había bajado al 53%, y en 1914 era del 38%. Durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón, en 1947, el censo marcaba un 14% de analfabetismo.

Siglo XX

Pero no fue hasta bien entrado el siglo XX que la escolarización sostenida en el tiempo, y el consecuente acceso a la escuela media, comenzó a ser casi universal para los habitantes de Argentina.

Según el primer censo de la historia argentina, realizado en 1869, un 79% de los argentinos y argentinas eran analfabetos. Para 1895, la cifra había bajado al 53%, y en 1914 era del 38%. Durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón, en 1947, el censo marcaba un 14% de analfabetismo.

Una primera gran ampliación de la matrícula del nivel secundario, se desarrolló en nuestro país hacia mediados del siglo pasado, incorporándose nuevas modalidades a la enseñanza media tradicional. Durante el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, desarrollado en los primeros gobiernos peronistas, ocurrió un fuerte aumento de la matrícula a partir de la creación de las escuelas comerciales y técnicas, expansión que se mantuvo constante hasta mediados de la década de 1970. Ese incremento de casi veinte puntos en la matrícula en la década del 40 significó el acceso de sectores anteriormente excluidos del nivel medio, pertenecientes a la clase media argentina. A partir de este momento, por lo tanto, comenzará un muy lento proceso de desplazamiento de las élites de las escuelas públicas hacia las privadas, que se terminará de afianzar hace unas pocas décadas. De todos modos, como afirma Inés Dussel, especialista en educación, esta expansión no fue acompañada de una redefinición curricular e institucional: el modelo pedagógico siguió casi intacto.

Hoy, con la sucesiva incorporación de alumnos que cambiaron muchísimo sus formas de acceso al conocimiento y a la información, con la masificación de las nuevas tecnologías -y, sobre todo, después de un año atípico que obligó a todas las escuelas del país y de gran parte del mundo, por primera vez en la historia, a educar de forma remota-, las escuelas están iniciando nuevos capítulos que quizá las obliguen a repensar sus formas de enseñanza y sus objetivos. La historia se sigue construyendo cada día, todos los días. (Investigación: Nicolás Laube). ■